DISCURSO

SOBRE LA INFLUENCIA DE LA FILOSOFIA MORAL

Y DE LA HISTORIA

EN EL ESTUDIO DE LA RELIGION,

POR EL DOCTOR D. ALBERTO LISTA.



DISCURSO

SOBRE LA INFLUENCIA DE LA FILOSOFÍA MORAL

Y DE LA HISTORIA

EN EL ESTUDIO DE LA RELIGION:

LEIDO

DESPUES DE LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

EN LOS EXÁMENES PÚBLICOS Y GENERALES

DE LOS ALUMNOS DEL COLEJIO

DE S. DIEGO DE SEVILLA,

CELEBRADOS AL FIN DEL CURSO DE 1847,

POR EL DR. D. ALBERTO LISTA, PRO.

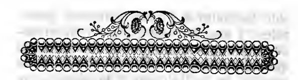
DIRECTOR DE ESTUDIOS DE DICHO COLEJIO.



SEVILLA:

IMP. DE DON J. M. GEOFRIN, CALLE DE OLAVIDE,

FRENTE A LA DE LA MUELA, NÚMS. 4 Y 5.



DISCURSO

SOBRE LA INFLUENCIA DE LA FILOSOFIA MORAL

Y DE LA HISTORIA

EN EL ESTUDIO DE LA RELIGION.

SEÑORES:

Es una costumbre antigua y loable en los establecimientos de enseñanza, al concluirse la distribucion de premios, ocupar la atencion, no solo de los alumnos, sino tambien del distinguido auditorio que concurre á los actos de esta especie, con algunas ideas importantes relativas á las ciencias mismas, que han

sido la materia de los exámenes generales: y ningun asunto es, en mi entender, de una trascendencia mas universal que la coneccion entre el estudio de la ciencia de la Religion, y las demás que le sirven de auxiliares. No hablaré de los idiomas sabios de la antigüedad. El hebreo, el griego y el latin son necesarios para el teólogo, como vehículos de conocimientos; mas no tienen en el estudio de la Religion una influencia de lógica y de principios. Esta influencia solo pertenece á la Ética y á la Historia. La Teología comienza donde acaba la filosofía moral, y la historia es, sino la prueba mas luminosa, por lo ménos la mas práctica, la mas accesible á todas las inteligencias, de la verdad del cristianismo.

La Religion es hija de la autoridad, porque procede del cielo. En vano la razon humana se esforzaria en esplicar ni en discutir las verdades pertenecientes al dogma ni á la moral que de él depende. Las fuerzas de nuestra inteligencia son muy débiles para elevarse á una esfera tan alta: el hombre no

puede ni aun aspirar á ella sino en las alas de la revelacion. Mas no por eso se crea que la Providencia divina ha negado á nuestra razon toda influencia en los estudios religiosos. Dios ha querido que el obsequio y los homenages que le tributemos sean *racionales:* esto es, hijos de la conviccion que resulta del raciocinio.

¿Cuál es, pues, la parte que cabe á la razon humana en los estudios sagrados? No puede ser otra, ni ha podido dejar de ser la que es: conviene á saber, el exámen de los títulos con que se nos presenta la autoridad cristiana, reclamando á favor suyo nuestra creencia, y mostrando su orígen divino. El gefe del mahometismo mandó defender su secta por medio de la espada y la conquista: los sacerdotes y magistrados de Roma sostuvieron el culto de sus dioses, por los suplicios y tormentos: pero el legislador de los cristianos mandó á sus apóstoles que *enseñasen* al mundo su doctrina. Ahora bien, el efecto mas inmediato de la enseñanza es la *conviccion.*

El primer exámen que debe hacer la razon acerca de los principios del cristianismo es el de la santidad de su doctrina moral; y acaso este es el mas importante, como quiera que nada es mas importante, para el hombre considerado individualmente, ni para la sociedad humana, que fijar bien las máximas de moralidad, á las cuales deben arreglar su conducta los indivíduos y las sociedades. Pero si examinamos atentamente la moral cristiana, observaremos en ella dos géneros de principios: unos son comunes á toda clase de pueblos y de creencias, y forman lo que se llama *moral universal*: otros son tan característicos del cristianismo, que ántes de él ninguna nacion, ningun filósofo los habia proclamado. Desde la mas remota antigüedad han confesado todos los hombres que no es lícito dar muerte á un inocente: pero solo Jesucristo dictó la ley de caridad así para los enemigos como para los amigos.

Los principios de la moral natural son dictados por la razon, y esta luz, que nuestra degradacion por el primer

delito dejó sumamente debilitada, no quedó sin embargo muerta; mucho mas cuando ha podido encontrar y ha encontrado efectivamente pábulo en los sentimientos innatos del corazon humano. Yo confesaré fácilmente á los estóicos, que la ley moral procede del Supremo Hacedor del mundo: pero sin el ausilio de la revelacion oral ó escrita, no conozco otro medio de promulgarla á los hombres que por los afectos mas universales y constantes de nuestra alma. San Pablo y San Agustin convienen en que esta promulgacion se hizo; aunque la razon estraviada y las pasiones en delirio triunfasen frecuentemente de la ley. Mas basta que la razon la reconozca, para que sean inescusables los que falten á ella.

Tres son los sentimientos mas universales, mas constantes del hombre: primero, el de su propia felicidad; segundo, el de amistad y union con sus semejantes: tercero el de respeto y gratitud á la Divinidad. Todos los pueblos de la tierra, en todas las épocas del género humano, se han mostrado someti-

dos á estas tres afecciones: y contra ellas no valen paralogismos ni sofismas. Todos los hombres las sienten, las han sentido y las sentirán; son una parte esencial de su ecsistencia, así como lo son tambien otros afectos físicos, inspirados por el autor de la naturaleza. Estos tres sentimientos, que sobreviven á la locura de las pasiones, á los cálculos del interés y á los estravíos de la razon, son esencialmente *morales:* pues de ellos se derivan todas las obligaciones que nos impone la naturaleza con respecto á nosotros mismos, con respecto á nuestros prójimos y con respecto á la Divinidad.

Veamos, pues, si el cristianismo nos recomienda estos deberes. Yo no me acuerdo de haber leido en ninguno de los filósofos gentiles desde Focílides hasta Juvenal, desde Platon hasta Confucio, un solo precepto moral, conforme á la razon y simpático á los sentimientos del corazon, que no se halle tambien consignado en la Religion del cristiano. El respeto debido á las personas y propiedades de los próximos, el odio á la mentira y á la calumnia, la pureza de

las costumbres, la sumision de nuestros apetitos desordenados al yugo de la razon, el amor de la familia y de la patria, en fin, la caridad y obediencia á los autores de nuestro ser, tan altamente proclamadas en los escritos de Aristóteles y Ciceron, en las escuelas de los estóicos y de los académicos, en la conducta de Epitecto y de Sócrates: todas estas virtudes, en las cuales se funda la única verdadera gloria de las naciones mas ilustradas de la antigüedad, se predican en los púlpitos del cristianismo, se aconsejan en las exhortaciones privadas de la penitencia, se confirman con grandes é ilustres egemplos, tomados de la historia de la Religion. Basta lo dicho para demostrar que la doctrina cristiana está, *por lo ménos*, al nivel de lo mas puro, de lo mas noble, de lo mas acendrado en moral que han podido sentir ó imajinar los talentos mas distinguidos del mundo antiguo. Una creencia, que se presenta á la faz del género humano, profesando los principios y las máximas de la virtud mas conformes á los sentimientos y á las ideas morales de la parte mas ins-

truida del género humano, debe escitar la atencion y ganar la benevolencia de los que la examinen.

Y ¿ qué será, cuando al observar el carácter propio de la moral cristiana, hallamos en ella una superioridad asombrosa sobre cuanto los filósofos nos habian enseñado en esta materia? Yo no me detendré en los pormenores. Ya muchos y elocuentes escritores han manifestado el principio de la igualdad de los hombres en la presencia de Dios: la ruina de la esclavitud doméstica, debida á la moral cristiana: la ereccion de numerosos establecimientos de beneficencia: el reconocimiento práctico de la inteligencia y libertad en la muger: la disminucion de los males de la guerra, y una nueva civilizacion de progreso moral é intelectual: bienes todos que nadie se atreve ya á negar que fueron debidos al cristianismo. No me empeñaré en demostrarlos y desenvolverlos, porque me apresuro á esponer su fuente. La ciencia de la moral no tenia ántes de la predicacion de Jesucristo un principio fijo de donde se derivase

toda ella, y lo que es mas, no podia tenerlo: porque la razon humana no podia, con solas sus fuerzas, elevarse al altísimo é inefable principio de *la caridad de Dios para con los hombres.*

Apenas el Salvador proclamó este gran principio; apenas los hombres se pusieron por su mediacion en contacto con la Divinidad, la ciencia moral llegó al mas alto grado del cual no pasará ni es posible que pase. Dios ama á los hombres: y todos ellos, de cualquier clase, condicion ó secso, son acreedores á este amor divino. Dios ama á los hombres, y por tanto los hombres deben amarle y amarse entre sí, pues no es posible dejar de enlazarse en el vínculo del amor eterno. Dios ama á los hombres, y por tanto cada uno está obligado á solicitar su felicidad propia, perfeccionando sus facultades intelectuales y morales. Con el principio de la caridad está ya descubierto el misterio de la ecsistencia humana: ya sabemos que el destino del hombre es amar por toda la eternidad. Con este nuevo y sagrado sentimiento se perfeccionaron, y aun me atrevo á decir

se divinizaron todos nuestros afectos morales. La veneracion y la gratitud debida á la divinidad, se convirtieron en un verdadero sentimiento de amor y de union con el inmenso Ser que creó y redimió el mundo: la amistad y concordia con los hombres se injirió, por decirlo así, en el mismo amor que tributamos al Señor de todo el género humano: y el sentimiento de nuestra propia felicidad se convirtió en esta santa y perpétua lucha, declarada entre la inteligencia, ausiliada con el socorro divino, y los deseos brutales y desordenados de nuestro corazon. Así la moral cristiana establece la paz entre el hombre y Dios, entre el hombre y el hombre, y solo declara guerra perpétua é interminable á los vicios y á los crímenes: hasta que llegue el dia del triunfo, y domine sin contradiccion la santa caridad, único afecto, única virtud que sobrevivirá á la conflagracion de los siglos.

De todo lo dicho hasta aquí se infieren dos consecuencias importantes: la primera que la moral cristiana, en su parte preceptiva, es *santa*: esto es, se

halla sancionada por los sentimientos generales de la humanidad, por las ideas de los hombres mas sabios, por la conducta de los que mas se han consagrado al ejercicio de la virtud: segunda que la moral cristiana, en su parte fundamental, es mas que santa, es *divina*: pues tiene por fundamento el amor de Dios al cual no pudo elevarse nuestra débil naturaleza sino por la revelacion. Y no se diga que el corazon del hombre, á causa de su debilidad, es incapaz de un sentimiento tan sublime: todo lo puede el hombre con el ausilio del Dios que lo fortalece; ¿de dónde procedió, sino,' aquella maravillosa prontitud, con que acudieron á purificarse en las fuentes del cristianismo las personas de toda condicion y secso, apenas los apóstoles emprendieron su predicacion? ¿De dónde aquel valor inesplicable con que corrian á confesar el nombre de Cristo, en medio de los tormentos y á vista de la muerte? ¿De dónde aquella fuerza celestial, con que la palabra divina convirtió en ménos de tres siglos un mundo, tan encenagado en el error y en la maldad, como era

entónces el romano? ¿Pueden esplicarse estos portentos sin la accion de la caridad divina, que llenó los corazones de los fieles?

Ya podeis conocer, mis amados alumnos, (hablo principalmente con aquellos que en el presente curso se han dedicado á la filosofía moral), cuán grande es la importancia de este estudio. Por él no solo conoceis hasta donde alcanzan las fuerzas de la razon natural en la alta empresa de la moralizacion del hombre; sino tambien de qué manera la Religion ha completado y perfeccionado esta obra, dándole á la moral el cimiento que le faltaba, y que en vano buscó la filosofía. Al mismo tiempo veis uno de los mas poderosos argumentos á favor de la autoridad cristiana: porque esta autoridad, proclamando la moral mas pura, mas perfecta, mas sublime, y mas conforme, á pesar de su sublimidad, con los efectos innatos de nuestra alma, no puede haber tenido otro orígen sino la sabiduría y la caridad infinita del Hacedor del cielo y de la tierra.

Habeis examinado ya la santidad de

la doctrina, comparándola con las máximas de la filosofía moral: réstanos observar su constancia, su perpetuidad, su solidez; y hé aquí la grande influencia de los estudios históricos en el de la religion. En el reinado del emperador Tiberio apareció entre los judíos, pueblo entónces despreciado por los señores del universo, el autor del cristianismo: predicó su doctrina; y sus discípulos, que en el momento del peligro le abandonaron, despues de su pasion y muerte, aseguraron haberle visto resucitado y subir á los cielos; y en testimonio de la verdad de su dicho, entregaron su cuerpo á los tormentos y su vida á los perseguidores. No vertieron su sangre en defensa de una opinion abstracta; sino de una doctrina fundada sobre dos hechos tan fáciles de percibir por los testigos como la Resurreccion y la Ascension: los testigos fueron muchos y algunos suspicaces y recelosos: no podia suponerse prestigio que los engañase á todos: ni es posible que muchos hombres aseguren á costa de sus vidas un hecho, de cuya falsedad estén

convencidos. Los discípulos, pues, de Jesucristo no pudieron engañarse ni engañar al mundo.

Si se estudia con atencion la historia, se verán los obtáculos insuperables que las instituciones y las costumbres del mundo romano oponian al establecimiento del cristianismo. Habíase establecido el despotismo militar de los emperadores sobre las ruinas de todas las libertades del pueblo rey: y nadie ignora que desde Augusto todos los monarcas romanos, que conseguian morir tranquilamente, eran reverenciados como dioses, tenian templos, altares y sacrificios, y se agregaban sus nombres á la multitud siempre creciente de las divinidades del imperio. Nadie ignora tampoco que los romanos atribuian su felicidad y opulencia, ó en otros términos, la opresion del mundo bajo su yugo, al auxilio de los dioses y al culto espléndido que les tributaban. Los sacerdotes, que bajo diferentes formas contribuian á este culto, y dominaban en los pueblos por medio de los oráculos, que se habian multiplicado en todas par-

tes, tenian interés muy inmediato en la conservacion y en el triunfo del politeismo. El epicureismo, que era la secta filosófica mas generalmente esparcida entre los hombres que componian entónces la sociedad culta, era esencialmente contrario á la moral cristiana, declarada enemiga de todo placer incompatible con la virtud. Los estóicos, que aunque en corto número, tenian grande influencia por la austeridad de sus mácsimas, no podian comprender ni reconocer el principio de la humildad cristiana; ¿ni como lo adoptaran los que se creian, por su saber y por su virtud, superiores á los demás hombres? En fin, los poetas, poseedores de una creencia, que como la gentílica alagaba la imaginacion y los sentidos, y se prestaba á todas las ilusiones de la ficcion, no estaban dispuestos á admitir la religion del espíritu y del sentimiento, y cuya poesía, muy superior á la de los griegos, se hallaban incapaces de percibir.

Todas las potestades de la tierra se conjuraron, pues, contra el cristianismo. El cristianismo, segun la promesa

de su divino autor, triunfó de todas ellas: la cruz se fijó no solo sobre las cúpulas de los templos, sino tambien sobre las coronas de los emperadores. El orbe romano se convirtió á la fé del crucificado en ménos de dos siglos: las persecuciones y los martirios aumentaron su esplendor: y la Era de Diocleciano y de Galerio aceleró el triunfo de la cruz en el reinado de Constantino.

Desde esta época hasta nuestros dias, ¡cuán variado es el cuadro que nos presenta la historia! El grande imperio de los Césares, desquebrajado en dos partes, y presa cada una de pueblos bárbaros: invasiones de los enjambres del norte sobre el medio dia: el velo de la ignorancia tendido sobre los paises donde brillaba en otro tiempo la civilizacion griega y romana: las tribus dispersas de Arabia reunidas por un hábil impostor y formando una nacion conquistadora, y un imperio mas estenso, aunque no tan sólido, como el del Tiber: monarquías erijidas: revoluciones que las debilitaban ó las destruian: nada fijo,

nada sólido, nada asegurado en las instituciones ni en los poderes humanos: guerras de ambicion, cubiertas á veces con el pretesto de las creencias, á veces con el de la libertad; la iglesia, ejerciendo tal vez una autoridad dictatorial en los negocios civiles, y renunciando despues á esta autoridad, cuando no la creyó necesaria en sus manos: todas estas revoluciones, propias de la vicisitud de las cosas humanas, han traido la Europa al estado que actualmente tiene, y que se alterará seguramente, porque nada mortal es duradero. Y en medio de tantas convulsiones, de tan grandes mudanzas, solo permanece fija, inmutable, incapaz de perecer la doctrina del crucificado. Los dogmas religiosos, los principios morales, por cuya confesion morian los primeros mártires del cristianismo, son los mismos por que han sido degollados recientemente en el Tonquin los misioneros apostólicos: son los mismos que se os enseñan en los catecismos, que se os predican en los púlpitos, que se defienden en las cátedras contra los disidentes de la religion. Todo lo humano

varía: la palabra divina ni varía ni puede variar: y ni la corrupcion de las costumbres, ni la altanería filosófica, ni el indiferentismo político, ni todas las potestades de la tierra prevalecerán contra la obra del Señor. Su reino no es de este mundo: y por consiguiente no está sometido á la accion de las opiniones ni de los poderes de la tierra.

La constancia, pues, la perpetuidad, la solidez del cristianismo es un hecho histórico, además de ser una promesa infalible del Redentor. Jesucristo, que reunió en su persona todos los caractéres, que la historia y los escritos del pueblo hebreo dieron al Mesías, cumplió perfectamente la mision para que fué enviado: su obra permanece siempre la misma, sin alteracion, sin degeneracion alguna; y los que tengan la desgracia de no creerlo por su divina promesa, habrán de confesarlo por el testimonio de la historia. Lo que diez y nueve siglos no han conseguido variar, es indestructible y eterno, y por consiguiente no es obra de los hombres.

Conoceis yá, mis amados alumnos, la

importancia de los estudios de la Ética y de la Historia para penetrar bien el espíritu de la Religion. Ella es el fundamento y perfeccion de la moral; ella domina en todos los periodos del mundo y recibe de ambos estudios dos pruebas invencibles de su verdad, á saber, la santidad de la doctrina, y la constancia, perpetuidad y solidez de sus principios. No en valde, pues, vuestros profesores en estos dos ramos se han dedicado con tanto celo, ya por el interés de vuestra instruccion, ya por el de vuestra moralidad, á haceros percibir el alcance y la utilidad de estos estudios.

Es de mi obligacion, ántes de concluir este discurso, dar cuenta de la situacion del colegio de San Diego y de las mejoras que se han hecho en la enseñanza. Además de las clases que estaban ya en egercicio en el Establecimiento, se ha añadido otra nueva de matemáticas á favor de los que se dedican á esta ciencia con el objeto de seguir despues alguna carrera militar: porque en las que ya existian, bien para incorporar sus cursos en la Universidad, bien para los que

estudian solo por instruirse, es necesario seguir un órden de enseñanza y de materias muy diferente, aunque las verdades que se enseñan sean las mismas. Tambien ha sido forzoso añadir una clase auxiliar de latinidad, por el gran número de alumnos que han concurrido á la de 1.º y 2.º año.

Aun no ha sido posible formar la Academia de filosofía racional y humanidades: y aun la de matemáticas, erigida en setiembre de 1845, ha sufrido este año interrupcion por causas, independientes de la voluntad de sus individuos, y que habiendo cesado ya, puede y debe esperarse que se lleven á cabo proyectos tan útiles y nunca abandonados. Los trabajos verificados en la Academia de matemáticas ántes de su interrupcion, fueron los siguientes.

Se concluyó la esplicacion de la obra de Geometría de Legendre, y se emprendió y concluyó tambien la de su Trigonometría plana y esférica. Los señores académicos, que se encargaron sucesivamente de las esplicaciones, fueron D. Antonio de Mena, profesor de ma-

temáticas del Colegio, D. Fernando Blanco, D. Antonio Romera, D. Marcial de Ávila, profesor tambien del Colegio en la misma facultad y en física, D. Antonio Bayo y D. Francisco Merry.

El Sr. Don Fernando Blanco leyó una erudita memoria sóbre *los progresos de las ciencias esactas entre los antiguos habitantes del Indostan,* en que dió cuenta de la demostracion que los sabios de aquel pais dieron de la relacion entre la hipotenusa y los catetos del triángulo rectángulo. Tambien leyó una censura del discurso, leido anteriormente por Don Alberto Lista, *sobre las áreas y volúmenes de los cuerpos regulares.* En esta censura aclaró algunas ideas de la memoria por medio de una figura de planos recortados para formar un ángulo triedro.

El Sr. Don Antonio Mena leyó una memoria sobre *las funciones simétricas de las raices de las ecuaciones superiores.*

El Sr. Don Antonio Bayo leyó otra sobre *la teoria de las séries recurrentes.*

El Sr. Don José Sanjurjo, profesor de matemáticas en la Universidad, di-

sertó sobre *la posibilidad de reducir toda funcion imaginaria á una forma binomia.*

El Sr. Don Antonio Romera espuso un método curioso para *resolver por medio de las ecuaciones de segundo grado, un gran número de problemas de máximos y mínimos,* en los cuales puede evitarse el recurrir al cálculo diferencial.

En fin, los alumnos asistentes á la Academia han resuelto los problemas que les han propuesto los señores encargados de la esplicacion, en las sesiones de la Academia.

Debe esperarse, lo repetimos, que estos frutos del amor desinteresado á las ciencias y á los progresos del saber, se aumenten y perfeccionen en lo sucesivo. El celo de los gefes del colegio, la ilustracion de los señores Académicos y la aplicacion de los alumnos oyentes nos dan completa seguridad del cumplimiento de nuestras esperanzas.

Sevilla 24 de Junio de 1847.

ALBERTO LISTA.



R.°
A.°
Tb.